

permanecerás en Lavardens y no te moverás... hasta que yo te diga. ¿Comprendido? ¿Lo has entendido bien?

—Perdóname—le dijo Juan llorando y tendiéndole la mano...

—Te perdono, imbécil.

Le abrazó con la rapidez de una bala, le dejó plantado en la calle y echó a correr veloz como el gamo. No obstante, se volvió al doblar la calle desierta, para espetarle:

—Y ya sabes: si ves a *El Pulpo*, no le digas dónde he ido.

Cinco minutos más tarde, ¿quién hubiera podido decir adónde Reuletabelle se encaminaba?

CAPITULO XXIII

REULETABILLE Y «CAMISETA»

BAJO el sol se hace largo el camino de Arlés a Aix: escasea la sombra, sin contar la de los postes telegráficos. De trecho en trecho, sin embargo, algún pequeño manzano silvestre, una cortina de abetos, alguna ringlera de cipreses rompen la monotonía ardiente del paisaje.

El cabo *Camiseta* recibió la orden de trasladar a Andrés y a Calixta a Aix y al mismo tiempo la de llevar dos caballos recién comprados en Arlés y destinados a la gendarmería de la antigua ciudad romana; pero no le pasó por la imaginación la idea de que el viaje por ferrocarril, aun dando un pequeño rodeo y con los inconvenientes de cambio de tren, podrían aún ahorrarle no poco trabajo y zozobra.

Tomó como compañero a su amigo Cornouilles, y al despuntar la aurora empezaron a cabalgar bastante mo-

hinos por uno y otro margen de la carretera, llevando en medio a los dos detenidos, maniatados.

Nadie hablaba. Cornouilles, al parecer, iba dormitando; *Camiseta*, fumando en pipa; Andrés, mirando a hurtadillas a Calixta con ojos tristes henchidos de amor, y Calixta caminaba erguida y esbelta entre el polvo de la carretera, cual si guiase a una pequeña caravana.

Sólo se oían los pasos sobre el pavimento, el chasquido de los frenos y el chillido de algún avefría, que rasgaba con su vuelo el intenso azul del espacio en busca de alguna corriente.

También los gendarmes tenían sed. Lo primero que dijo Cornouilles al despertar fueron estas palabras:

—Algo bueno habrá en Salón.

En efecto, habían de pasar por Salón y detenerse un poco para cumplir una corta misión y desayunarse... *Camiseta* sacudió el cubo de la pipa en su bota y repitió subrayando:

—Sí, algo bueno habrá en Salón.

Y luego todo se sumió en profundo silencio.

De pronto, tras un recodo del camino y un bosquecillo de tamarindos, raros personajes fueron apareciendo en la cuneta.

Eran morenos, tenían los cabellos lisos y la piel dorada e iban magníficamente desaseados. Parecían los reyes de la miseria por sus petulantes pingajos y su sereno talle, pero tenían excelente aspecto, hartos de todo lo que hallaban a su paso y de lo que cobraban en sus fur-

tivas visitas a las gazaperas. No sentían recelo de los gendarmes, pues allá en el fondo de su carreta llevaban papeles en toda regla valederos para todos los países, lo cual les daba unas semanas de respiro, el tiempo preciso para franquear la frontera y perderse en el horizonte.

En silencio los tres hombres y dos mujeres y los cinco demonios arrancados la antevíspera a las sagradas ubres de la loba cingara, en silencio contemplaban el paso del cortejo por la polvorienta carretera. Sus miradas se cruzaron con las de Andrés, y no expresaron asombro ni pena al ver en tan triste estado las manos trabadas. A pesar de los ímpetus de su corazón, permanecieron impasibles. Calixta volvió el rostro a otro lado. *Camiseta* lanzó contra ellos su caballo como manifestación de desprecio hacia una raza que tiene siempre sus papeles en regla con todos los gendarmes de la tierra. Cornouilles dijo en son de befa: «¡Cochinos, majaderos!»

A lo que Andrés contestó entre dientes con un *Nut-chusia*, que era una incitación al asesinato de toda gendarmería; pero como Cornouilles no comprendía el gitano, por lo pronto a eso se redujo el daño y el incidente.

Los bohemios contemplaron el paso del cortejo, pero había también uno que atisbaba a los bohemios y se fué recto a ellos, cuando poco después volvieron a sus tiendas. Y ese que les miraba era un muchacho de piel de ámbar y con un bigote de violinista húngaro; salió de un bosquecillo de castaños que sombrean los primeros de-

clives hacia un contiguo pueblecillo, el último antes de Salón.

Los bohemios, acurrucados en torno de los restos de un carnero medio putrefacto, se dignaron volver la cabeza. El recién llegado traía un aire misterioso, levantándose de cuando en cuando sobre la punta de los pies para ver si a lo lejos, en la carretera, ocurría alguna novedad.

La banda empezó a mirarle de reojo, con evidente hostilidad, cuando el mozo sacó del bolsillo cierto herraje como broche de un collar, que produjo en seguida el efecto que él seguramente esperaba.

—El signo— musitaron en su jerga, y todos respetuosamente se levantaron. También quizá aquel muchacho de piel ambarina y mostacho de violinista húngaro tuviese sangre de la raza en las venas.

En pocas palabras le hizo comprender que estaba con ellos, y que su intento, o más bien su misión, era libertar a Andrés y a su compañera. Al punto brillaron los ojos. Todos los allí presentes conocían a Andrés. A la mujer no la conocían, pero no había duda de que era su hermana, su *shala*. El joven les explicó que «los gendarmes corrian de su cuenta», pero que ellos debían tomar a su cargo a Andrés y a Calixta «desde el momento que los arrancasen a los guardias». Había venido en auto dando un rodeo, sabiendo que la conducción pasaría por Salón.

Les llevó al bosquecillo de castaños y allí les enseñó

el torpedo en que había venido. «Traeréis aquí a los detenidos en cuanto los libertéis.»

Cuando hubieron entendido bien el proyecto, les dijo:

—Y ahora, ¡id... corred! No dejéis escapar a la conducción, acechadla, pues es preciso que, a ser posible, no se os vea...

—¿Y tú?

—A mí me encontraréis aquí... No os ocupéis de mí.

Partieron todos alborozados, con velocidad extrema, y sus pies descalzos no hacían más ruido que el roce de una bandada de gorriones con las puntas de los hierbajos.

En la raya del pueblo, *Camiseta* volvió el rostro hacia atrás. Acababa de oír el ruido de una bicicleta y de pronto soltó su famoso *¿què aço?*, que hizo volver los ojos hacia atrás a todo el cortejo.

—¡Oh!— dijo *Camiseta*—, ¡si es Rouletabille en personal!

—Tú lo has dicho, engreído—le espetó el repórter, saltando de la bicicleta—. ¡Uf! ¡Si que hace calor en las carreteras de Provenza! Creí que no os atrapaba.

No habremos olvidado que *Camiseta* y Rouletabille intimaron como amigos desde su expedición al llano de las Cañas.

—Pero vaya, vaya la sorpresa... Y que nos trae el honor de...

—He sabido esta mañana el intento de fuga de *nuestros* prisioneros y la orden de traslado, y me he dicho: «Estos atrevidos son capaces de todo: ¡son traviesos como mo-

nos! Y es posible que jueguen una mala partida a mi buen amigo *Camiseta*.

—¡Ah!, *por ejemplo*—exclamó *Camiseta*, rojo de indignación—; me toma usted por un *moñeco*. Eso nunca, *Camiseta*. Usted no *conoce* a *Camiseta*, señor Rouletabille; si usted *conosiese* a *Camiseta* (1).

—Cálmese, *Camiseta*, cálmese. Tengo en usted la mayor confianza, y la verdad es... que tengo también que ventilar un asunto en Aix... Pensé entonces que podríamos ir juntos... *Camiseta*, ¿no tienes sed, *Camiseta*?

Es menester decir que *Camiseta* tenía, como en esa región suele decirse, la nariz en forma de racimo... Ahora bien; llegó la conducción ante un pequeño restorán muy famoso en aquella comarca, al cual suelen concurrir los domingos y días festivos los de Salón para entregarse a comilonas y al juego de bolos... Aquel restorán era excelente, pero caro para muchos bolsillos, y nunca pensara *Camiseta* en detenerse allí para desayunarse, si Rouletabille, muy atento y delicado, no le invita a él y a su compañero Cornouilles.

—Aceptado—dijo sin más rodeos éste.

Camiseta, de muy buena gana, hubiera abrazado a Rouletabille.

(1) En toda la obra este personaje habla el francés como un labriego valenciano o catalán hablaría el castellano. Hemos procurado interpretar con alguna fidelidad el pensamiento del autor, si bien la transcripción completamente exacta no sería posible.—(N. del T.)

—¡Ojol, ¿qué van ustedes a hacer de los detenidos?—preguntó en seguida el repórter.

—¡Ah!, querido, los ato a mis *zapatos* y no se escaparán... te lo juro...

Los dos gendarmes se apearon. Ataron los caballos a una anilla del muro contiguo al pesebre. Seguros ya de que nada faltaba a los caballos, se ocuparon de los detenidos. A instancia del dueño, acabaron por encerrarlos en un reducto de mampostería, donde se guardaba la leña. La puerta se cerraba con solidez. No cabía duda: en el corto espacio de tiempo que los dos bohemios iban a permanecer allí, no tenían resquicio de fuga. Por lo demás, se les dejó las manos libres para que comieran el frugal almuerzo que Cornouilles trajo en la mochila. En fin, la puerta del reducto daba precisamente a la sala, en la que, por ser muy fresca, mandó Rouletabille poner los cubiertos. Estaban así al alcance de la mano y al alcance de los ojos...

—¡Gran Dios! ¿Vió usted la cara que pusieron cuando le *apersibieron*?—dijo *Camiseta* entrando en la hostería.

—Sí; no, no soy amigo suyo. ¿Le parece a usted que tomemos algo de este magnífico salchichón, una tortilla, conejo en jugo de sangre, una buena ensalada y una botella de vino?

—¿Una botella?—exclamaron a una *Camiseta* y Cornouilles—; ¿qué quiere usted que hagamos con una botella?

—Pues bien, pondremos dos; pero nada más, querido

Camiseta. No me avengo a que salgáis «bebidos» de aquí. Has de saber, *Camiseta*, que las tres cuartas partes de las fugas se han logrado por haber previamente achispado a los guardias.

—¡Previamente! Tiene usted quizás razón, joven—dijo el cabo conviniendo con aire bastante melancólico—. ¡Previamente! Nos contentaremos, pues, con dos botellas.

—Pero habrá café y un vasito de *grappe* (aguardiente).

—¡Un vasito!—exclamaron al unísono los dos representantes de la fuerza pública.

—Pondremos dos... y no se hable más. Y ahora... a la mesa.

—¿Qué va usted a hacer ahí fuera?—preguntó el cabo al ver que Rouletabille se dirigía a la leñera, donde se encerró a los dos bohemios.

—Voy a cerciorarme de que nuestros pájaros no puedan echar a volar.

—No hay ventanas, y además... Tengo la llave en mi bolsillo—exclamó el cabo soltando la carcajada.

Pero ansioso, sin duda, de percatarse de todo por sí mismo, Rouletabille cogió la llave y sacudió con fuerza la puerta.

—Bueno va—dijo—; podemos estar completamente tranquilos.

En aquel momento llegó la primera botella a la mesa.

—A propósito de guardias «muy bebidos»—dijo sentándose—, es menester que os cuente una historia.

—¡Este diablo de Rouletabille!, siempre tiene a mano

una historia—expuso alegremente *Camiseta*, sirviéndose el primer vaso y cortándose una gran loncha de salchichón—. Esto lo lleva el oficio. ¡Ah!, estos pícaros periodistas. Todos son más granujas...

—¿No ha ido usted nunca a San Martín de Re?

—Nunca: no he sido nunca cabo de vara.

—¡Oh!, hay también gendarmes en la isla; al menos, en la época de que os hablo, había dos famosos, dos diablos, a los que no se la pegaban, como diría usted y nuestro excelente Cornouilles...

—Y ¿entonces?

—Pues... entonces... he aquí lo que ocurrió:

—Esperen un poco, se lo ruego...; me parece haber oído *roidos* por el cuarto de *mis* prisioneros...

Se levantó, se puso a escuchar a la puerta del reducto, dió la vuelta, echó una ojeada a los alrededores y volvió con aire de preocupación.

—Me parece haber visto algunas de esas malas fachas.

—¡Ah!, ya; ¿los bohemios que vimos en la carretera? No me pasaron a mí tampoco inadvertidos—dijo Rouletabille—. Motivos tiene usted para desconfiar. Toda esta tropa se apoya mutuamente. Pero ¿qué quieren ustedes que hagan contra dos gendarmes como *Camiseta* y *Cornouilles*?—les preguntó.

—Y ¿qué hacían cuando usted se los encontró, mi querido Rouletabille?

—A fe mía, comían tranquilamente a la sombra de su

carreta y ni siquiera levantaron la cabeza... ¡Ojo! Va usted, *Camiseta*, a vaciar en un soplo la botella...

—Hablábamos de San Martín de Re—repuso el gendarme—. ¿Estuvo usted allí?

—Sí; para visitar allí la colonia de forzados. Y coincidió mi visita con la nueva captura de Cheri-Bibi, que por tercera vez se le llevaba a presidio. Es menester que sepan que en San Martín de Re nunca ocurren evasiones, nunca... cuando no está allí el Cheri-Bibi..., pero cuando está...

—Y ¿qué ha hecho su Cheri-Bibi?

—Hacer que se fugasen cinco.

—¡Diablo!

—Como se lo digo. El propio director de la Colonia me contó cómo ocurrió la cosa... Tenía entonces en San Martín la flor y nata de los presidios; cinco bribones, hartos conocidos en todos los establecimientos penitenciarios: Cochot, que solía contestar al director: «Usted me pregunta si al cometer los crímenes no me detuvo nunca el temor al castigo; de seguro que si esto sólo me hubiera *detenido*, no tendría usted el honor de tenerme en San Martín de Re»... Petit, que, apresado en Abbeville, previno al alcalde de esta simpática ciudad que el día siguiente se fugaría por no parecerle aquella cárcel bastante cómoda, lo cual cumplió al pie de la letra... Pierey, que se fugó una vez de la Cárcel Modelo, haciéndose, de papel, un uniforme de guardia y poniéndoselo en presencia de los encargados de llevarle a él y a sus compañe-

ros al patio; Fanfán, terror de los celadores (se había escapado siete veces); bastaba que dijese en alta voz «*ten-go ganas de largarme*», para poner en conmoción a todo un establecimiento penitenciario... Arigonde, el genio del disfraz... Frégoli era a su lado una criatura... Poned a Arigonde ante un payaso, por ejemplo; imitará sus cabellos, sus patillas, desfigurará las señas peculiares que permitan reconocerle y se pondrá su traje, cualquiera que sea, antes que el bufón profesional se haya quitado la corbata... Yo conocí mucho a Arigonde...

—¿Fue periodista?—preguntó Cornouilles...

—No, sino empleado de una agencia policiaca que cometió la injusticia de no pagar bien sus talentos... En fin, allí estaba Cheri-Bibi, el más célebre de todos.

»En cuanto éste supo que allí se habían congregado los cinco, ideó gastar a la Administración la broma de fugarlos en bloque.

»Cheri-Bibi tenía siempre concomitancias con el *exterior*. Tal día a tal hora una lancha esperaba a los forzados en una ensenada, desgraciadamente muy lejos de la «corte salvaje», desde la cual era fácil el salto al continente. En los alrededores del fuerte tenían abierto en la roca un *cazo*, como ellos decían, o escondite, trabajo realizado de noche y en el cual *cazo* tenían guardados a prevención uniformes de marino, sombreros de piel y chaquetillas, prendas que habían de vestir apenas fugados de la Colonia para ir al paraje donde les aguardaba la lancha. La fuga sólo podía realizarse en pleno día.

Ocurrió, pues, a las ocho y cuarto de la mañana, hora en que los albañiles entraban a trabajar en la reparación de un muro de uno de los patios.

—¡Tate! Pero no es el golpe que se preparó.

—Nada nuevo bajo el sol—continuó diciendo imperturbable Rouletabille—. ¿Cómo urdieron la fuga Cheri-Bibi y sus cinco compañeros? Siempre hay un equipo de cinco obreros albañiles que entran en la colonia a las ocho y salen a las ocho y cuarto.

—Los bandidos sabían que su fuga se descubriría minutos después; así, muy de prisa, bajaron al *cazo*, a su cueva, donde debían esperar los acontecimientos para salir en serio vestidos con los disfraces. Desgraciadamente, fronteros a la madriguera había dos gendarmes, los dos finos sabuesos de gendarmes que les mencioné ha poco. Eran los *Camiseta* y *Cornouilles* de la isla de Re. Ahora bien; estos dos gendarmes vieron venir hacia ellos por la carretera a un hombre con la cabeza cubierta con un pañuelo de color (para celar su calva), tirando de un carretón, en el cual reposaba una azada. Iba a paso lento y apacible y descansó un momento al pasar por delante de los representantes de la fuerza pública, que le dieron los buenos días.

—¡Idiotas! — exclamó *Camiseta*—. Apuesto que era Cheri-Bibi.

—Lo ha adivinado usted, *Camiseta*.

—¡Ah! Le que es a mí no me la hubiera pegado.

—Se trabó conversación. El obrero contó que acaba-

ba de cobrar el sueldo y quería echar una cana al aire. En una palabra, invita a los dos gendarmes a unas copas en un pequeño figón bastante alejado... bastante alejado del *cazo*. Bebieron tan a placer en ese figón, que al querer levantarse empezaron a vacilar y a caerse. Hubo Cheri-Bibi de sostenerlos para volver a San Martín... Tuvo la bondad de llevarlos a la Colonia, cuya puerta se le franqueó, y dijo:

—Aquí les traigo a dos gendarmes un poco «inspirados».

—¡Gendarmes! Y ¿qué quiere usted que les hagamos?—se le dijo.

—Déjelos ahí fuera si quiere... Pero ¿no hay aquí sitio para mí?

Y quitándose el pañuelo que le cubría la cabeza, se dió a conocer... Cheri-Bibi. Pueden ustedes imaginarse cómo se le acogió. Toda la isla andaba revuelta desde que se supo su fuga con cinco compañeros. Y su presencia consoló a la Colonia de la ausencia de los otros. ¡Y qué cara de asombro pusieron los guardias al ver que después de los sobrehumanos esfuerzos realizados venía de grado a constituirse prisionero. Pero él les dijo:

—Ya saben ustedes; hay momentos en que me hace falta el presidio.

—Huelga que les diga para terminar esta historia—dijo Rouletabille—, que se destituyó a los dos gendarmes y se les privó de todos los honores correspondientes a su categoría. Dejarse llevar a presidio por un for-

zado no es frecuente... ¿no? Pero, señores, ¿no chocamos?

Mientras Rouletabille contaba su historia fué dando fin el almuerzo; se había tomado hasta café y se saboreaba ya el vasito de aguardiente del país, que allí llaman los aldeanos *grappa*. Es un licor muy regocijante que calienta el estómago e inunda de alegría el corazón.

Al segundo vaso, *Camiseta* desparramaba la vista abotargado.

—Después de lo que les he contado—dijo Rouletabille meneando la cabeza—, sería imperdonable...

—A fe mía, joven—declaró bruscamente *Camiseta*—, previamente... ¿tiene usted razón! Pero ¿qué hace aún ese diablo de botella?

—Voy a devolverla—resolvió Rouletabille, y salió de la sala con el peligroso frasco.

El que por curiosidad hubiera seguido al repórter hubiérale visto un minuto después verter el líquido de la botella en el pesebre, recién abastecido nuevamente, de los caballos... «No me place que los gendarmes se emborrachen—masculló el repórter entre dientes—; en cuanto a sus caballos, ya es otra cosa.»

CAPITULO XXIV

EN EL CUAL LOS ACONTECIMIENTOS SE DESARROLLAN
COMO PREVIOU ROULETABILLE

LA partida de la hostería ocurrió sin incidentes dignos de mención. Menos los detenidos, todos iban alegres: Rouletabille, los gendarmes y hasta los caballos... Estos principalmente retozaban con una viveza que no desplacía a *Camiseta* y a Cornouilles, ufanos de ser muy diestros jinetes.

—Parece que están un poco nerviosos—dijo sencillamente *Camiseta* al montar a su potro—. ¡Buena ración de avena les habrá dado, Cornouilles. ¿Viene usted, señor Rouletabille?

—Noto que un pneuma se ha deshinchado—contestó el repórter—. Vayan ustedes delante; doy un bombazo y les alcanzo en seguida.

Partieron. Los caballos empezaron a hacer extrañas cabriolas.